

D. ALBERTO. Pues entónces bien estamos, y salimos del apuro.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Sí salimos; pero el caso es que todos me pedían el dinero adelantado, y sólo á fuerza de fuerzas á la fin se conformaron á dar los dichos efectos con tal de que nuestro hermano en cuanto llegue á Sevilla dé la cara á todo.

D. ALBERTO. Al cabo eso, Rufina, no importa, porque á lo ménos logramos que Blas el primer momento nos encuentre en cierto estado de decencia.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Mas si al punto de su llegada á asaltarlo comienzan los acreedores...

D. ALBERTO. No faltará de engañarlos nuevo medio. Y detenerlos un par de dias acaso no será difícil.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Es hasta pescar necesario que no vengan á molestarle.

D. ALBERTO. Pues eso digo...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Y tú, hermano, ¿has hecho tambien negocio?

D. ALBERTO. Nada, Rufina.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Es bien raro,

D. ALBERTO. Encontré los dos gallegos que servirán de lacayos, y á las tres han de venir, pero pienso será en vano. Porque aquellas dos libreas que en tu boda se estrenaron, no las suelta el carbonero aunque le muelan á palos. Porque dice que no afloja la prenda hasta estar pagado.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Qué gentuza tan infame! Si son unos ladronazos.

D. ALBERTO. El bribon del montañés, que tiene hace más de un año empeñado mi uniforme, tampoco quiere soltarlo, y ves la falta que hace para recibir...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Es claro.

D. ALBERTO. La demanda por la renta de la casa no he logrado suspender por más que hice, y va con Blas á afrentarnos si llega á la ejecucion,

como temo...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Será un chasco. Pero el primo don Miguel...

D. ALBERTO. Está el pobre sin un cuarto. Desde que á Sevilla vino ese griego extremeño, ese clérigo extremeño, aquel que los cerdos trajo, que sabe más que Brijan, y que es un tahir...

D.<sup>a</sup> RUFINA. No hablo de lo que en el juego gane, sino de que le he encargado que nos busque algun dinero aunque sea con quebranto, pues siempre los jugadores hallan quien les preste.

D. ALBERTO. Cuando tallan ó están en fortuna; pero á los cucos...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Veamos si tienen sus diligencias favorable resultado, pues lo que nos interesa, como tú sabes, hermano, es que Blas no nos encuentre viviendo como gitanos, como perdidos.

D. ALBERTO. Seguro.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Como que es, Alberto, claro. Esa generosidad de querer sus bienes darnos, no es cariño. ¿Qué cariño despues de treinta y dos años? Es que mi título, sea ó postizo ó bueno ó malo, al fin suena; y que tu empleo, aunque no es más que honorario tiene un vistoso uniforme, y su señoría al canto; y que es mucho gusto ver el nombre de uno estampado en la guía de forasteros.

D. ALBERTO. Pero con decencia y fausto estos títulos y honores ayudar es necesario...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Aunque sea haciendo trampas, que sino dirá...

(*Suena la campanilla del porton*)

D. ALBERTO. ¿Llamaron?

D.<sup>a</sup> RUFINA. Sí; serán los mandaderos con los muebles y los trastos.

D. ALBERTO. O los gallegos serán que han de servir de lacayos. No; que es Miguel, nuestro primo,

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Si habrá cumplido su encargo?

ESCENA XI

D.<sup>a</sup> RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL.

D. MIGUEL. (*Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con despecho.*) Maldita mi suerte amén, y ese clérigo extremeño más negro que una sartén, y de ganarle tambien maldito sea mi empeño.

D. ALBERTO. ¿Qué ha ocurrido?

D.<sup>a</sup> RUFINA. Primo, dí.

D. MIGUEL. Que la mejor ocasion de hacer un gran fortunon esta mañana perdí por ese griego bribon.

D.<sup>a</sup> RUFINA Y D. ALBERTO. ¿Cómo?

D. MIGUEL. Yo os lo contaré. (*Se levanta de la silla.*) Fuíme temprano á almorzar con el marqués del Molar, y por fortuna le hallé al punto de despertar. Miétras salió de la cama le alabé de gran torero, diciéndole que el Romero jamás adquirió la fama que él tiene en el matadero. Despues le hablé de Juanilla, la gitana que mantiene, y de que un cantador viene de Sanlúcar á Sevilla que en el polo igual no tiene. Despues toqué la guitarra... Finalmente, le cogí diez duros, y desde allí á casa de nuestro Parra á buscar fortuna fuí. La banca de cabecera aun no habia comenzado. Puse el burlote, fiado en lo que el diablo quisiera, y no fuí muy desgraciado; pues veinte onzas mis diez duros eran ya, con que creía que iba á lograr en el dia dar fin á nuestros apuros; ¡tan buena suerte tenia! Cuando el extremeño entró y detrás de mí se puso, Manolito me advirtió que lo dejara. Confuso

su consejo me dejó. Pero una corazonada de que le habia de matar, y el deseo de dejar mi pérdida desquitada, hicieronme continuar. Sólo dos tallas tiré. ¡Jamás hubiera tirado! pues sin blanca y desbancado, queridos primos, quedé. ¡Mirad si soy desgraciado!

D.<sup>a</sup> RUFINA. No lo hiciera peor, Miguel, un niño de la doctrina. ¿Y lo que sabes?...

D. MIGUEL. Rufina, nada aprovecha con él. Tiene la vista muy fina.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Y entre tanto nada has hecho de aquel tan urgente encargo.

D. MIGUEL. Sí tal, prima; sin embargo de mi rabia y mi despecho por bocado tan amargo, fuí á buscar un usurero llamado don Simeon, tan hipócrita embustero como taimado ladron, pero que presta dinero.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Y sacastes algo por fin?

D. MIGUEL. A fuerza de batallar, de mentir y de jurar, logré al mísero ruin algun poquito ablandar. Pero á pesar de la sarta de mis ofertas, no quiso dar nada, y quedó indeciso hasta ver de Blas la carta; y enseñársela es preciso. ¡Gran virtud la carta tiene!

D.<sup>a</sup> RUFINA. Y si es tan desconfiado, ¿por qué á casa el renegado á ver la carta no viene?

D. MIGUEL. Ya venia á toda priesa el cara de basilisco, y al pasar por San Francisco oyendo tocar á misa entró, y con facha muy grave me dijo: Pues que ya sé la casa y la calle, iré en cuanto la misa acabe.

D. ALBERTO. Extraña es su devocion.

D. MIGUEL. Su conciencia es más extraña, pues no se halla en toda España más desalmado ladron.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Dime, ¿por qué cantidad le hablaste?

D. MIGUEL. Por cien doblones.



D.<sup>a</sup> RUFINA. Es poco.  
 D. ALBERTO. ¿Qué te propones?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Hay mucha necesidad.  
 D. MIGUEL. Mas ¿cuál es tu pensamiento?  
 Pues con franqueza, Rufina,  
 mi imaginacion no atina  
 con la razon de tu intento.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Que quiero que Blas nos halle  
 viviendo cual caballeros;  
 no hechos unos pordioseros;  
 como quien dice en la calle.  
 D. MIGUEL. Pues yo tengo otra opinion,  
 y juzgo que mejor fuera  
 que en la indigencia nos viera  
 para que la compasion...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Qué mal conoces, Miguel,  
 á estos hombres de fortuna!...  
 Con pobreza cosa alguna  
 sacar lograremos de él.  
 Nuestros títulos y honores  
 le mueven tan solamente,  
 y el encontrar á su gente  
 en la clase de señores.  
 Además sabes tambien  
 que tres veces ha enviado  
 dinero, y que confiado  
 está en que se gastó bien.  
 La primera vez mandó  
 seis mil y tantos doblones,  
 que en pretender y en funciones  
 mi hermano Alberto gastó.  
 Envió poco despues  
 diez mil pesos, que el demonio  
 se llevó en mi matrimonio  
 con mi difunto marqués;  
 y ha tres años recibimos  
 ocho mil, cuya mitad  
 se gastó en la necedad  
 de aquel pleito que perdimos,  
 y los demás para el juego  
 cual sabeis se destinaron:  
 y á la verdad que volaron  
 más pronto que árbol de fuego.  
 Así se ha hecho paz y guerra  
 de lo que Blas enviaba,  
 aunque tanto aconsejaba  
 que lo empleásemos en tierra;  
 y es preciso no olvidar  
 que siempre por no escamarle,  
 ni la voluntad quitarle  
 por si más queria mandar,  
 le escribimos que en dehasas,  
 que en casas y en olivares,  
 cortijos, huerta, lagares  
 se empleaban sus remesas.  
 Y si ahora en resolucion

nos encuentra cual nos vemos,  
 mucho que temer tenemos  
 el que cambie de intencion.  
 El no piensa remediarnos,  
 fomentarnos sí, y si ve  
 nuestro estado, con el pié  
 nos dará para ayudarnos.  
 D. ALBERTO. Rufina, tienes razon.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Cómo si tengo!  
 D. MIGUEL. Veamos  
 si con la carta ablandamos  
 al señor don Simeon.  
 D. ALBERTO. (*A doña Rufina.*)  
 Dime, ¿y dónde fué Pascual?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Al correo le he mandado,  
 pero como es tan pesado  
 el grandísimo animal,  
 tardará un siglo.  
 D. ALBERTO. Yo creo  
 que ya llegó á Cádiz Blas,  
 y que tenemos verás  
 carta suya este correo.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Sin duda.  
 D. MIGUEL. Pues si otra carta  
 satisfactoria viniera,  
 don Simeon se pusiera  
 con orejas de una cuarta.  
 D. ALBERTO. Fuera muy bueno.  
 D. MIGUEL. Sino,  
 para el negocio acabar  
 y el hígado hacerle dar  
 otro expediente sé yo.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Dilo, y al punto se hará.  
 D. MIGUEL. Darle de tu hija las perlas,  
 pues yo aseguro que al verlas  
 tantos ojos abrirá.  
 D. ALBERTO. ¿Qué perlas?  
 D. MIGUEL. Aquella sarta  
 tan gorda, luciente y fina,  
 que Blas envió á su sobrina  
 con quien nos trajo la carta.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Un inconveniente tiene.  
 D. MIGUEL. ¿Y es?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Que como Blas la envía  
 para que la niña el día  
 de su llegada la estrene,  
 si á notar la falta acierta...  
 D. ALBERTO. De las perlas no hay que hablar.  
 (*Se oyen golpes de llamar al porton.*)  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Esos golpes son llamar?...  
 D. MIGUEL. Llamar son.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Ana, la puerta.  
 D. MIGUEL. ¿Si será don Simeon?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Con impaciencia*)  
 Ana... ¡que llaman! Paquita...  
 Ana... ¡Jesus, qué maldita!

## ESCENA XII

LOS MISMOS. ANA y D.<sup>a</sup> PAQUITA, que entran de prisa

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Mamá?  
 ANA. ¿Señora?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. El porton.  
 (*Vase Ana.*)

## ESCENA XIII

LOS MISMOS, ménos ANA

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Qué me quiere usted, mamá?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Nada.. Como cuando grito  
 en vano me desgañito,  
 te llamé...

## ESCENA XIV

LOS MISMOS. ANA.

A la puerta está  
 un hombre del otro siglo,  
 un duende del purgatorio.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Con enfado.*)  
 ¿Quién dices?  
 ANA. Un vejestorió,  
 ó mejor diré un vestiglo.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Sin duda será, Miguel,  
 aquel que esperamos.  
 D. MIGUEL. Sí;  
 echa á estas niñas de aquí,  
 que yo subiré con él.  
 (*Vase don Miguel.*)

## ESCENA XV

LOS MISMOS, ménos D. MIGUEL

D.<sup>a</sup> RUFINA. Vete á tu cuarto, Paquita,  
 y tú tambien. (*A Ana.*)  
 ANA. (*A doña Paquita.*)  
 Que me place.  
 ¡No sabe usted qué bien hace  
 en echarnos, señorita!  
 Porque á las dos nos liberta  
 de un sopenocio con no ver  
 á ese viejo Lucifer  
 de quien voy de miedo muerta.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Con rabia.*)  
 ¿Qué demonio murmuráis?  
 ANA. Dábamós gracias á Dios  
 de que...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Buenas sois las dos!...  
 Marchad, marchad, que estorbais.  
 (*Vanse las dos.*)

## ESCENA XVI

D.<sup>a</sup> RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D. SIMEON, vejete ridículo, vestido de negro con peluquin

D. MIGUEL. (*Con gran prosopoprya.*)  
 Marquesa prima, don Alberto primo,  
 aquí el sujeto está que tanto estimo,  
 don Simeon de Algarrapaochea.  
 D. SIMEON. Y quien á usías complacer desea.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Señor don Simeon, muy buenos dias.  
 Somos sus servidores.  
 D. SIMEON. Dios á usías  
 de salud colme y bienes infinitos.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Alberto, acerca sillas.  
 D. SIMEON. (*Aparte.*) ¡Qué chorlitos!!!  
 A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!  
 (*Acerca don Alberto una silla.*)  
 D. ALBERTO. Sentaos y descansad.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Sentaos, os ruego.  
 D. SIMEON. Con permiso, que he estado de rodillas  
 por un buen rato.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas!  
 (*Al sentarse don Simeon se rompe la silla, y cae de espaldas.*)  
 D. SIMEON. (*Al caer.*)  
 ¡Ay! Dios me valga y San Anton ben-  
 ¡Jesus! ¿qué fué?... (*dito.*)  
 D. MIGUEL. Mas ¿cómo...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!  
 D. ALBERTO. ¡Qué desgracia!  
 D. SIMEON. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí! ¡Fatal porrazo!  
 Dios me saque con bien el espinazo.  
 D. MIGUEL. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)  
 Alzad, que yo os sostengo. No fué nada.  
 D. SIMEON. (*Levantándose.*)  
 Una costilla he de tener quebrada.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Terrible susto!  
 D. SIMEON. (*Mirando á la silla.*)  
 Sillas tan malditas  
 son unas trampas de matar visitas.  
 D. ALBERTO. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.  
 D. SIMEON. Es malísimo agüero.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Qué encogido  
 que tengo el corazon!... Ana... mucha-  
 (*cha,*  
 agua al momento. Tráemela; despacha.  
 D. SIMEON. (*Registrándose todo el cuerpo.*)  
 Un sueño me parece el estar sano.  
 Pensé parar...  
 D. MIGUEL. En el infierno; es llano.  
 ¡Un hombre como usted!...  
 D. ALBERTO. Pudiera...  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Ana...  
 ¿El agua no traerás hasta mañana?



¡Jesus, qué pesadez!... ¡Niñas!

D. ALBERTO. Ya vienen.  
D.ª RUFINA. Sangre de plomo las malvadas tienen.

### ESCENA XVII

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA

D.ª PAQUITA. (*Asustada.*)  
¡Qué voces! ¡Ay mamá!... ¿Qué ha  
(sucedido?)...

D.ª RUFINA. Que este buen caballero se ha caído.  
D. SIMEON. (*Aparte mirando á doña Paquita.*)  
¡Linda muchacha!

D.ª RUFINA. Porque el vil criado  
dejó una silla rota en el estrado  
y por desgracia fué la que...

### ESCENA XVIII

LOS MISMOS. ANA, que saca un vaso de agua en la mano

ANA. Señora,  
aquí está el agua.

D.ª RUFINA. ¡Tráesla á buena hora!  
(*Repara en que trae Ana el vaso sin  
plato.*)

Pero ¿qué es esto?... Pícara, bribona...  
D. SIMEON. (*Reparando en Ana.*)

¡Pues no es ménos bonita la fregonal!  
D.ª RUFINA. (*A Ana.*)

¿Por qué no traes de plata la salvilla?  
ANA. (*Burlándose.*)

¿Cuál?  
D.ª RUFINA. La de plata.

ANA. ¿Cuál?... Viva Sevilla.

D.ª RUFINA. Señor don Simeon, perdon le pido.  
Bebed en este vaso, pues ha sido  
que con la priesa y voces asustada  
olvidó la salvilla la criada.

D. SIMEON. Mil gracias, mi señora la marquesa.  
Ya el susto se ha pasado.

D.ª RUFINA. No me pesa.  
Pero yo he de beber... (*Bebe.*) á Dios

(las gracias  
de que así se salió, que las desgracias  
suceden sin saber cómo ni cuándo.

(*Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita  
dice aparte.*)

Idos, mas sin quedaros escuchando,  
cual teneis de costumbre.

ANA. ¡Buen aviso!  
¿Le gusta á usted el vejete?...

(*Ap. á Paquita.*)  
Es un Narciso.

D.ª PAQUITA. ¡Qué facha! ¡Qué peluca!

D.ª PAQUITA. Es buena pieza.  
ANA. Siento que no se ha roto la cabeza.  
(*Vanse.*)

### ESCENA XIX

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D. SIMEON

D.ª RUFINA. En otra silla, señor...  
D. SIMEON. Perdon, señora marquesa,  
que no volveré á sentarme  
en otra silla.

D.ª RUFINA. Está buena  
la que os ofrezco.

D. SIMEON. Señora,  
la que dió conmigo en tierra  
que estaba rota ignoraba  
su señoría, y pudiera  
ignorar tambien que está  
rota la que me presenta;

y si del golpe primero  
saqué la persona entera,  
puedo sacar del segundo  
roto un brazo ó una pierna.

Por tanto de pié resuelvo  
la visita hacer, y fuera  
bueno que no fuese larga;

no se hunda el suelo ó se venga  
alguna viga del techo  
á aplastarme la cabeza:

porque esto de las desgracias  
es un plato de cerezas.

D. ALBERTO. No, que os habeis de sentar  
para enteraros.

D. SIMEON. ¿No es buena?  
¡Si he dicho que no me siento!  
De pié escucho.

D.ª RUFINA. Bien; pues sea.  
Ya el capitan nuestro primo  
le habrá informado...

D. SIMEON. En urgencia  
me ha dicho que están usías.

D.ª RUFINA. Como están cuantos de rentas  
y de mayorazgos viven,  
porque con tantas revueltas,  
invasiones y mudanzas,

cambios de gobierno y guerras,  
ni pagan nuestros renteros,  
ni se pueden tomar cuentas  
á los administradores,

ni los productos nos llegan  
de nuestros estados, ni...

D. SIMEON. Tiempo ha, señora marquesa,  
que los que piden dinero  
tales trabajos alegan;

pero es lo malo, señora,  
que en el mundo una peseta...

¿qué digo? un solo real,  
ni un maravedí se encuentra.

D.ª RUFINA. Que recurran es forzoso  
las gentes de nuestra esfera  
á honrados capitalistas...

D. SIMEON. Que son necios y se dejan...

D.ª RUFINA. Que son personas de bien,  
y de apuros...

D. SIMEON. Pero es fuerza  
dar muchas seguridades  
á los que su sangre sueltan.

D. MIGUEL. Sin duda.

D. SIMEON. Pero los bienes  
vinculados no aprovechan  
para ofrecer garantía  
cuando el dinero se presta.

D.ª RUFINA. Lo mismo iba yo á decir.

D. SIMEON. Pues entónces...

D. ALBERTO. Pronto llega  
un nuestro hermano que viene  
de Lima, y cuyas riquezas  
son tan grandes...

D. SIMEON. Tal me ha dicho,  
si es que mal no se me acuerda,  
vuestro primo el capitan.

D. MIGUEL. Pues este es el caso.

D.ª RUFINA. Llega  
de un momento á otro mi hermano,  
cuyo caudal en moneda  
sube á trescientos mil duros.

D. SIMEON. ¡Hola!

D.ª RUFINA. Y tiene alma tan buena  
que todo entre su familia  
repartirlo al punto piensa.

D. SIMEON. ¿Con que trescientos mil duros?...  
(*Ap.*) Si es verdad, ganancia hay cierta.

D.ª RUFINA. Y recibirle á lo ménos  
como se merece es fuerza;

para lo cual necesito...

D. SIMEON. ¿Y hay documento que pueda  
acreditar su venida,  
y que con tal rumbo piensa?

D.ª RUFINA. Sí señor, tenemos carta...

D. SIMEON. ¿La teneis á mano?

D.ª RUFINA. (*Saca una carta del pecho.*)  
Es esta.

(*Da la carta á don Alberto.*)

Aquí la teneis. Alberto,  
toma la carta, y leerla  
puedes á don Simeon  
desde la cruz á la fecha.

D. ALBERTO. (*Toma la carta y con gran precipita-  
cion lee.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—

Queridos hermanos míos, los trastornos ocurri-  
dos últimamente en Lima me han obligado á

dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado to-  
dos mis bienes...

D. SIMEON. (*Con enfado.*)  
¿Es taravilla, señor?...

No he entendido ni una letra.  
Más despacio.

D. ALBERTO. ¿Pues no basta?

D. SIMEON. No señor, ¡pese á mi abuela!  
Dádmela; yo la leeré.

No es cosa de juego esta.

D.ª RUFINA. Dásele á don Simeon.

D. ALBERTO. Con mucho gusto...

D. SIMEON. Pues venga  
(*Toma la carta.*)  
con mucho gusto.

D. ALBERTO. (*Dándole la carta.*) Pues sea.

D. SIMEON. (*Vase á un lado de la escena, se pone  
unos anteojos, reconoce el papel, y lee  
con mucha pausa.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—  
Queridos hermanos míos, los trastornos ocurri-  
dos últimamente en Lima me han obligado á

dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado to-  
dos mis bienes adquiridos en tantos años de  
trabajos y desvelos, y reunidos en todo más de

trescientos mil duros, me embarqué con ellos  
hace tres meses para Cádiz en la fragata la

Corza. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios,  
feliz navegacion; sólo á la vista de estas Islas

Terceras una racha de viento me rompió un  
palo, lo que nos ha obligado á arribar á este

puerto hace una semana para remediar la aver-  
ría. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer

de estar con vosotros; y aunque pensaba sor-  
prenderos agradablemente, sabiendo ahora que

el canónigo de la santa iglesia de Lima, don

Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compa-  
ñero de viaje y particular amigo, marcha á

España, para pasando por Sevilla y Madrid ir  
á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de

esta carta; pues no puedo resistir más tiempo  
al gusto de escribiros y avisaros mi llegada á

estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el  
gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y sol-  
tero, y para vosotros es el fruto de mis afanes,  
pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á

mi llegada, reservándome una pequeña canti-  
dad con que acabar mis dias tranquilamente en  
el campo. Y es tan segura esta mi resolucio-  
n que, por si algo me ocurriese en tan dilatado  
viaje, he dejado hecho allá mi testamento y  
aquí traigo copia que os asegurará de mi deter-  
minacion, y que no la hará inútil en cualquier  
evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra  
vez la vela; con que, esperadme de un momento  
á otro, pues en Cádiz me detendré sólo lo pre-